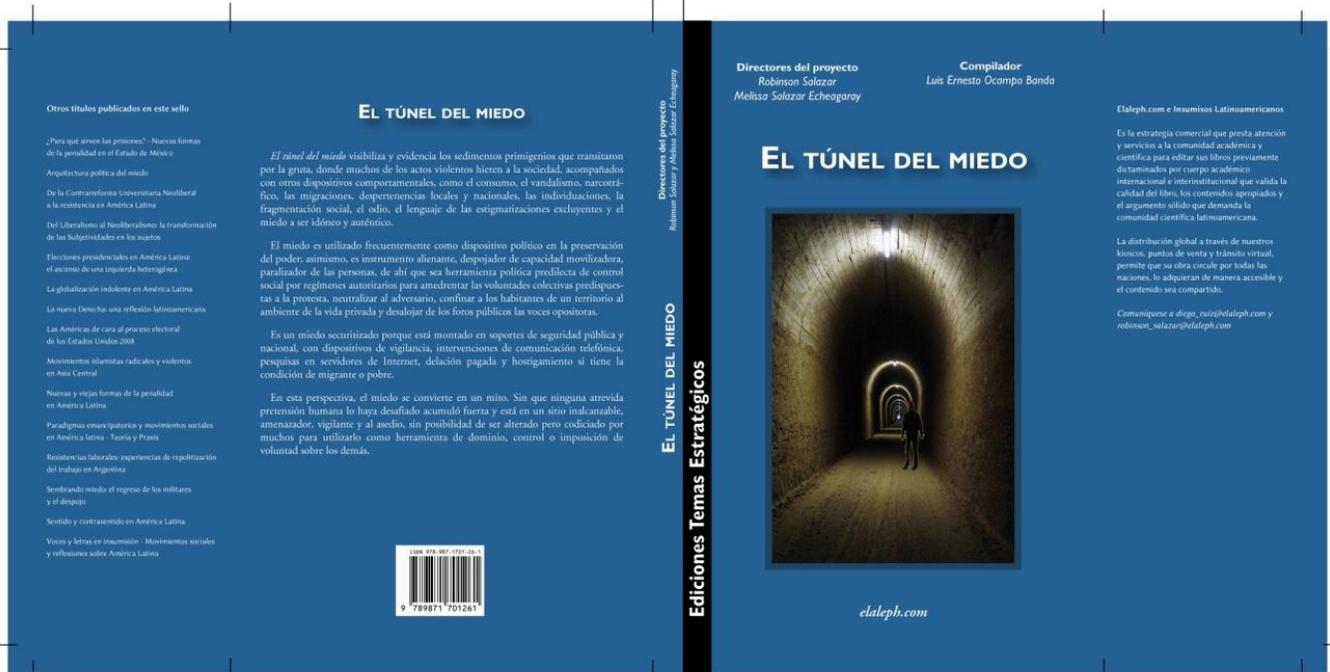


EL TÚNEL DEL MIEDO



Compilador

Luis Ocampo Banda

ISBN978 987 1701 26 1 Argentina

Editorial Elaleph/Temas estratégicos

El Túnel es el subterráneo profundo que posibilita transitar y deslizar distintos actos y acciones violentas insertadas en el denso cuerpo de la sociedad con distintos registros sobre la incertidumbre, el miedo, el terror, la angustia y la muerte.

El Túnel del Miedo visibiliza y evidencia los sedimentos primigenios que transitaron por la gruta, donde muchos de los actos violentos hieren a la sociedad, acompañados con otros dispositivos comportamentales, el consumo, el vandalismo, narcotráfico, las migraciones, despertencias locales y nacionales, las individuaciones, la fragmentación social, el odio, el lenguaje de las estigmatizaciones excluyentes y el miedo a ser idóneo y auténtico.

Existen miedos por ser real o reflejar la condición natural del yo, los sujetos prefieren esconderse en mil máscaras que lo desnaturaliza pero idealizan lo que no pudo ser, de ahí que preferimos muchas veces interpretar alguna de las máscaras como la de un falso poeta, mal escritor, horrendo político y/o un desconfigurado don Juan, todas las ridiculeces mencionadas acepta para evitar revelar de quién es y de donde deviene.

El miedo es el vestido que esconde la verdad, la miseria, la crítica, el delito, la corrupción y hasta la ascendencia de las personas y sus actos. El Miedo para invisibilizar o arropar lo que todos deben ver es el acto pueril utilizado como arma política por los hombres y esquilmar a los demás o despojar a sus congéneres de cosas o propiedades.

El miedo es utilizado frecuentemente como dispositivo político en la preservación del poder, asimismo es instrumento alienante, despojador de capacidad movilizadora, paralizador de las personas, de ahí que sea herramienta política predilecta de control social por regímenes autoritarios para amedrentar las voluntades colectivas predisuestas a la protesta, neutralizar al adversario, confinar a los habitantes de un territorio al ambiente de la vida privada y desalojar de los foros públicos las voces opositoras.

Si el miedo reside en las personas y tienen como refugio el espacio privado, en ellas procura esconderse, las hace rumiar, dormir con esa pesadilla que los encierra en sí mismos, pero si colapsa el espacio privado y la frontera porosa entre lo público y privado es diluida, el terror hace presa a la persona, la visibiliza ante los ojos escrutadores de la autoridad pública, es controlada en todos los desplazamientos y llega a un estado de ostracismo enfermizo hasta arribar a la autodestrucción.

Ese miedo que maldecimos desordena y rompe las coordenadas analíticas y de ubicación, quien le da refugio en la subjetividad no lo controla, el miedo lo domina a él, porque lo convierte en un ser vulnerable, temeroso, aislado, inseguro, sin capacidad de conocer su espacio ni de otear el futuro, el mundo presente lo agobia y la perpetuidad de la angustia lo domina hasta llegar a estado de locura o tal vez de evasión de la realidad.

El miedo llegó con la Guerra de Baja Intensidad y trasminó la amplia capilaridad de la dermis social, no hay rincón ni intersticio donde el miedo, el temor y la angustia no transiten, con capa de muerte y rostro compungido toca las puertas de los hogares y rastrea la trayectoria de cada ser humano. El sujeto con pánico está arrinconado porque el miedo paraliza, fragmenta e impide que el bucle de la reciprocidad extienda sus hilos; todos están fruncidos, celosos del otro, con desconfianza de la sombra y con el dispositivo activado de que en cualquier momento es una víctima de la guerra.

Hoy tenemos la obligación de desocultar el miedo a través de los lazos sociales, reapropiar los espacios públicos, visibilizar las fracturas y necesidades sociales, asumir una postura exigente para denunciar y exigir los derechos políticos y laborales, cargar de sentido político las calles y remplazar la opinión pública fabricada por los medios por el debate político atento a los asuntos que a todos nos interesan; es el sendero de las nuevas construcciones políticas que debemos edificar.

No es posible dejarnos abrazar por la indiferencia ante el crimen, la indolencia ante la muerte y el desamparo; procrear y fomentar la fragmentación social porque el miedo nos persigue es vivir aislado, insular y escondido en el consumo para obtener certidumbre social.

El intento de asumir los comportamientos anunciados no conlleva a estar a salvo de los riesgos, sino a creer que el refugio, el aislamiento y las prácticas religiosas que nos ausentan de la realidad conflictiva nos garantizan la vida y la paz.

La violencia y el miedo siembran la duda e incertidumbre en las instituciones y con ello afectan las prácticas de los colectivos, asimismo, empoderan la presencia de las organizaciones privadas encargadas de prestar servicios securitarios (vigilantes, policías privadas, seguros de bienes) y todas las involucradas en una gama industrial propagada por el consumo que junta las necesidades cosificadas restantes (salud, cuidado de la apariencia física, higiene, alimentación, relaciones de amistad, pareja, tecnología e informática, servicios de agua, electricidad, gas, entre otras), yresignifica el concepto de

seguridad y por ende, las prácticas en la vida cotidiana, una táctica esencial en manos de la nueva derecha o derecha empresarial.

Violencia y miedo acompañan las privatizaciones y militarismo, de ahí que nuestras sociedades son sometidas a programas de gobiernos securitizados, cuyo significado yace en el vínculo con la seguridad, certidumbre y defensa de un objeto o bien con un valor asignado dentro de la sociedad y el valor justifica la medida y los actos de posible aplicación o en defensa de ese bien económico, político o social. Sin embargo el sesgo de la defensa al involucrar la palabra amenaza, enemigo o destrucción, obliga al lector a involucrarse velozmente en el ámbito de la guerra, por la decodificación del lenguaje de guerra en los argumentos.

Las sociedades latinoamericanas ingresan al túnel de la guerra y olvidan la razón de Estado de defender a la ciudadanía, la abandonan en el desierto de la indefensión de sus derechos más elementales pero significativamente necesarios para vivir: Los derechos humanos.

Son varios los factores que intervienen en la guerra en varios países, pero las dos coordenadas que delinear el mapa analítico son aquellas que permiten interpretar cuales fueron los motivos de los gobiernos a montar la guerra con cierto grado de perversión política y a su vez abrió las compuertas de la intervención militar extranjera sutil pero certera, encargada de socavar con éxito las débiles estructuras formativas a las instituciones y al ejercicio gubernamental: *Despojar para privatizar y gobernar con militares en las calles.*

Ahora bien, la presencia militar no es suficiente, es aderezada con el uso del lenguaje con la figura discursiva sobre la existencia de un enemigo impredecible, invisible y súbito, que posiciona en el subconsciente colectivo algo desconocido que jamás lo vamos a controlar, está siempre presente en nosotros, y provoca un clima persecutorio permanente en muchas vidas. Ya no controla el agente o actor el espacio particular privado, necesita de la protección de un salvador, un guerrero o un Estado con la habilidad y certeza en el uso de

la fuerza, la autoridad y los recursos necesarios para eliminar al enemigo imaginario, a costa de perder o permitir la invasión en la vida privada.

La construcción social de amenazas desde los medios de comunicación es otra esquina del cuadrilátero de la dominación, dado que la red de medios construye urdimbre discursiva para apuntar a un lado, donde el enemigo común son todas las intenciones por recuperar el Estado, pregonar la libertad del mercado y negar la importancia de las comunidades, porque ellas obligan a edificar consensos, acuerdos y diálogos prolongados que limitan el desarrollo y la toma de decisión del individuo, quien deberá someterse a la comunidad en caso de poseer una opinión distinta a los demás. El fin de las comunidades trajo consigo la desestructuración de la familia y los gremios, de ahí que las colectividades tengan serias dificultades en reactivar sus demandas comunes por el trabajo disociador de los medios de comunicación.

Otra arista de los medios es ahuyentar las protestas populares a través de las estigmatizaciones de terroristas y enemigos de la estabilidad democrática, porque no utilizan los canales formales o institucionales para exponer la demanda al centro de atención donde están los recursos que demandan los actores conflictuados; no obstante el llamado, esconden la realidad y no informan de la inexistencia de interlocución, de las violaciones y despojos de los trabajadores y campesinos, de los estudiantes y ciudadanos invisibilizados en su espacio laboral de explotación, de la carencia de recursos públicos o de la represión a la que son sometidos.

Los medios son adláteres del gran capital que azuza a los informadores a fin de desplegar armas discursivas contra todas las actividades de oposición a la privatización indiscriminada de los recursos públicos y naturales estratégicos de la nación; son lanceros de los cuerpos militares porque agreden, desinforman, distorsionan la realidad y hasta asumen comportamiento de jueces para juzgar a todo aquel que ellos ponen en la mira o incomoda la programación de la radio o televisión. Los medios carecen de ética, están devaluados y sólo por el entretenimiento adocenado son notorios, porque su actividad raya con las fronteras de los organismos represivos o policiales.

Los miedos transitan por los medios para colgarlos en el imaginario colectivo, son mapas caóticos, vulgares, de catástrofe, miseria, enfermedades letales y muerte, así comunican el terror mediático; el miedo reside colocado en la bandeja de entrada de nuestro software humano para temerle a la vejez, al desempleo, las epidemias, la violencia, al hambre, a los accidentes, las multitudes, las riñas, los desastres naturales entre otros hechos fuente de dolor, desengaño, fracaso o pérdida material.

Ahora bien, la violencia ejercida en forma sistemática por regímenes autoritarios caso tal de la dictadura en varios países de América latina fue con la intención de sofocar las fuerzas de resistencia, pero a su vez perpetuarse en el poder a través de un abuso de la autoridad y el ejercicio del terror devenido de los recursos del Estado, de ahí que cateos, torturas, desapariciones, violaciones sexuales, campos de concentración, presiones psicológicas con los familiares de los militantes o perseguidos fueron parte del arsenal sembrador del miedo en la cultura de nuestros pueblos.

Indudablemente en estos actos de nueva cuenta apareció la justificación Hobbesiana de obtener seguridad a cambio de orden, protección, delación y obediencia absoluta a los militares en el poder. No obstante ese sometimiento, apareció otra figura desprendida del terror: El silencio, auto encierro, olvidos forzados o silencios estratégicos, cuya manifestación es el miedo a hablar, la opción por ausentarse de los lazos comunitarios, olvidar lo observado, negar los atropellos, desinteresarse de lo colectivo, olvidar la historia y encerrarse en el mutismo de nada se, nada vi, soy ajeno a todo.

Decía en vida Norbert Lechner que los regímenes autoritarios se apropian de los miedos y los ideologizan, los instrumentalizan como práctica de disciplina (esto es, el terror) y lo ligaban a proyectos futuros abortados intencionalmente a objeto de provocar frustraciones y vincular el miedo con referentes que podrían ser dotadores de certidumbre a la sociedad.

El Miedo en el Siglo XXI tiene escenarios de guerras desatadas en Irak, Libia, Egipto, Siria, Colombia, México y Honduras; ronda por los discursos oficiales de los gobiernos neoliberales, besa la pantalla de los televisores en la fábrica de opinión pública que a

diario los comunicadores ejercitan, viaja en los patrullajes realizados por los cuerpos castrenses y policiales, y duerme en la subjetividad colectiva porque en cada poro de la extensa dermis social, aplican una dosis letal que adormece conciencias y aplaza soluciones que sólo los movimientos sociales y las movilizaciones con sentido emancipatorio pueden desalojar de la vida cotidiana y arrastrarla hasta el baúl donde reposan los dispositivos que no son útiles para la humanidad ni necesarios para liberar al hombre.

Así está explicado el miedo en el libro que compila Luis Ernesto Ocampo Banda, quien conjunta un grupo de colegas y amigos especialistas en el tema y los conmina a bordar con letras las páginas que reposan en sus manos y llevan la explicación necesaria sobre los miedos y la violencia en la sociedad latinoamericana en la segunda década del Siglo XXI.

Bienvenido el libro *“El Túnel del Miedo”* y de nueva cuenta el sello *Temas Estratégicos* de la Red de Investigadores Latinoamericanos por la Democracia y la Paz , luce uno de sus mejores vestidos de gala adornados con argumentos, confeccionado con rigor, retocado con letra y prosa lúcida y con brindis de novedad para decir a los latinoamericanos y al mundo, aun hay recursos para desarropar los miedos y voces con letras para limpiar el camino que desoculte lo que tanto tememos y nos pesa: El Miedo.

Robinson Salazar Pérez

Mazatlán, Sinaloa Verano 2013